

Soledad defendida

Enrique Arias Beaskoetxea

Escribir es defender la soledad en la que vivo.

María Zambrano

*Escribir libros sólo si te atreves a decir
en ellos cosas que no le confías a nadie.*

E.M. Cioran

Poema nº1

El hombre adormecido
que se acerca a la ventana
retira apenas la cortina.

Ante la amplitud del espacio
prefiere observar
con ojos entreabiertos
los tonos de la mar,
conjeturar sobre la marea,
atisbar en la lámina del agua
la presencia de viento.

Retiene una dosis de sosiego
antes de que huya del ánimo,
serenidad parecida
a ese sueño extendido
entre la cama y la ventana.

Un mundo ante sí,
quieto o indiferente,
aguarda un recién nacido día.

Poema nº2

El dueño de la casa
ha girado el felpudo
para leer la palabra bienvenido,
que sea lo primero que advierte
cuando sale al mundo exterior.

Cada mañana le sorprende
el aire de las calles,
le resulta extraño el pueblo
tiene que examinar sus casas
distinguir el idioma.

Parece que mundo y casa
fueran dos planetas lejanos
que no se comunican.
Acaso levemente se observan
desde la distancia.

El encuentro de ambos
es apenas la duración
del paso de una estrella fugaz,
que traza una estela
destinada a desaparecer
en la oscuridad del cosmos
y a permanecer en la memoria
del único vigilante atento.

Poema nº3

El lector de media tarde
lleva su cerveza a la mesa
pequeña en la acera,
deja que el calor invada
lentamente su cuerpo.

Bebe a pequeños sorbos
mientras lee su libro
con relajada atención.

El tiempo se mueve
a cámara lenta,
acompaña el ritmo
del aliento, se extiende
sobre la lectura, el pensar.

Percibe la quietud de la tarde,
perfecta y estable
en su exigua existencia,
quizá sea eso lo que busca:
desaparecer en el instante
contenido en un suspiro.

Cuando el sol se oculta
tras los montes,
la sombra se adueña
del aire y el frescor
del ocaso se apodera
de su cuerpo inmóvil.

Un motivo para abrigarse,
para retirarse a la casa,
para rendirse a la noche.

Poema nº4

El lector se aísla
del ruido que vaga
sin sentido en la calle,
crea a su alrededor
una leve refugio
protector, percedero.

Lee con atención
cada uno de los versos
de un remoto poeta oriental.

Sobre el techo blanco
tiemblan ondas de agua
reflejos de los últimos
rayos de la tarde.

Siente el resguardo
del crepúsculo, la calma
de los versos que resuenan
en el interior de su ánima.

Poema nº5

El nadador avanza sin prisa,
el brazo entra en el agua
con los dedos bien unidos.

Rasga la superficie del agua
alargando el cuerpo
hasta formar alineado
una quilla humana.

Sigue un ritmo marcado
por escasas palabras
que repite en su mente
simultáneas al braceo.

Imagina que dibuja
una línea en el agua
una recta existente
tan sólo en su cabeza.

Una leve estela de espuma
desaparece apenas
unos instantes después
de su paso por el agua.

Poema n°6

El madrugador a su pesar
abandona la cama,
humedecida por su cuerpo,
para encontrar la noche.

En la oscuridad
permanece encendida
la luz verde
al final del muelle,
momento de regreso
de las primeras barcas.

Refresca su cuerpo,
despierta su mente
se dispone al encuentro
con el amanecer.

El esplendor de la aurora
rompe en dos el espacio:
arriba la bóveda celeste,
abajo la mar somnolienta.

El cuerpo del observador
se enfría en el alba,
los dilemas de la noche
le han abandonado.
Se prepara un nuevo día.

Siente que ha encontrado
su lugar en el mundo.

Poema nº7

El nadador se deja caer
sobre las piedras
del suelo adoquinado,
nota la calidez del sol
sobre su cuerpo húmedo,
pecho de latido alterado.

Quiere extender la calma
adquirida en la mar
derramarla en la tierra.
Entretanto sus sentidos
recogen briznas de realidad.

En esos momentos busca
la palabra precisa
para un verso inacabado,
la palabra que pueda
apresar el aroma
que portaba la amada
para un verso nuevo.

Una lucha se presenta
entre la sensación,
que le atenaza
en medio de la multitud,
y la necesaria quietud
para percibir aquí
la lejana experiencia.

La lenta construcción
de un nuevo poema.

Poema nº8

El extranjero pausado
recorre en silencio
la ciudad enterrada
en el sueño y el calor.

Recibe los sonidos
de un idioma ajeno
que desconoce,
murmullos
que le rozan a su paso.

Cada nueva mañana
camina rectilíneo
por el mismo lado
de la calle vacía.

Esa extrañeza le da
una cierta libertad
frente a los demás,
aferrados a sus asuntos.

Confiesa, sin pesar,
que continúa siendo
una isla enajenada.

Poema nº9

El meditador se sienta,
practica la atención,
observación callada
de la propia torpeza.

Los personales procesos
en los que será, a una vez,
objeto observado
y sujeto observante.

Según la enseñanza,
verá pasar el avance,
en cristal y azogue,
de nubes reflejadas
tan sólo un instante.

Aprenderá a dar
bienvenida y despedida,
a no ser arrastrado
por la ilusión fugaz
de una existencia.

Suave con el aliento,
reflejo en el espejo
tras el cual nada hay.

Poema nº10

El enfermo se parece
a un animal asustado
cuya intuición detecta
antes de tiempo
el temblor de la tierra,
la bruma que se aproxima,
la galerna que se forma
en el interior de la mar.

Un pródromo que avisa
con paso silencioso
la llegada de sus males.

Huele el aire marino
chequea la forma de las nubes
escucha el repiqueteo
de la campana de viento.

Acopia datos -rebuscador
de su salud- que con los años
reunirá en un manual,
tormentos que el tiempo
ha desplegado sin piedad.

Acaso mañana compruebe
en su cuerpo, o en su alma,
la extraña victoria
del saber presagiado.

Poema nº11

El airado quiere huir,
antes de quebrarse
en cristales lanzados,
desde el centro del malestar.

Quiere ser la flecha
que atraviesa mortalmente
el ruido del mundo.

Teme ser la adversidad
la mirada dañina
el látigo de voces hirientes.

Extiende la furia
hasta la extenuación
donde se comprende
que abrasa las manos
con su propio fuego.

Y al fin retirarse,
retroceder a su territorio
-cuartel de invierno-
donde curar heridas propias
y lamentar el daño ajeno.

Buscar la calma y la luz
que se asienta en un jardín
de rosales descuidados.

Poema nº12

El muchacho triste y solitario
aprendió, antes de tiempo,
la experiencia del abandono.

Inmóvil frente a un muro.
Una inmensa rosca gris.
Y nada más. Y nadie más.

Vertical soportó el lastre
en el centro del pecho
sin saber nombrarlo
sin poder narrarlo.

Elemental existió
en su interior
de muchacho
desarraigado, desprotegido.

El fatalista vio
avanzar la tristeza,
lenta y sin descanso,
hasta inundarle
parecida a una ola
que sobrepasa un barco.

El destino golpea
contra el acantilado,
hecho astillas de si mismo.

Poema nº13

El vigilante examina
en la cresta de las olas
la fuerza del viento,
indaga en la bruma
con un largo hábito
las señales del destino.

Atiende un mensaje
que traiga respuestas,
las palabras lejanas
el apoyo necesario
la compañía ausente.

Ignora si el océano
destruyó el vidrio
contra el acantilado
o si aún es arrastrado
por las corrientes.

Desolado sigue la rutina
de las mareas
que en su retirada
vierten despojos sobre la arena.

Una vez más queda
sin respuesta
su grito de socorro.

Poema nº14

El apático rebusca
entre sus viejos libros
signos que ofrezcan
definitivas respuestas
a una pregunta por hacer.

En el puerto viejo
un ave planea
con las alas extendidas,
deja que la corriente del aire
la eleve y la descienda
apenas sin resistirse.

De forma aleatoria
escoge un tejado
donde posarse y mirar
la lámina de agua y espuma.

Un libro entrega,
en el final de la tarde,
una mirada con perspectiva
y una cierta serenidad
para la búsqueda sin norte.

Poema nº15

El observador en el acantilado
rastrea las crestas de espuma
que llegan al pie de la atalaya.

Dilata la mirada
sobre la lámina de agua
para limpiar sus ojos
del encierro y la soledad.

Aspira el aire
con aroma a sal
y con el suspiro
vacía el cuerpo
dolorido por la quietud.

El acantilado se prolonga
de este a oeste
en placas de piedra;
la mar late, se agita,
renovación perenne
de la rueda del flujo y reflujo.

El observador calma
su interior contenido,
hunde recuerdos,
aleja desprecios,
se descarga, desemboca
limpio de telarañas.

Fija los pies al suelo
y se deja llevar por el ensueño
de la navegación
sin objetivo, sin rumbo.

Encontrará
acaso un nuevo poema.

Poema nº16

El cuidador de los objetos
de un mundo particular
limpia una capa de polvo
de los libros y piensa
en los que queda por leer,
en los que olvidó haber leído.

Ordena las películas
con distinto criterio,
busca obtener espacio
para aquellas futuras
añadidas al catálogo.

Dobla la ropa seca
que mañana planchará,
comprueba los relojes.

Rememora anécdotas
de los adornos que colman
los estantes de la casa.
Descoloca las sillas
unos milímetros.

Busca la frágil seguridad,
saber que cada objeto
tiene un lugar preciso
-engañoso permanencia-
que permite hallarlos sin esfuerzo.

El mundo, su mundo
con un ilusorio ensamblaje
parecido a un buque de pasajeros.

Poema nº17

El oscuro percibe el ruido
de los barcos, entrechocar
de sonidos metálicos,
el bramido del viento
entre las casas cerradas,
el oleaje retirándose
con murmullo agónico.

La campana de viento
anuncia que el clima
será cortado por una espada.
Llega el frío, el silencio,
el instante apresurado
en un suspiro de ausencia.

Se recluye, huye del mundo,
se emboza en busca del sueño,
descanso de los anhelos.

Cierra contraventanas,
amortigua las luces
para atravesar en silencio
esta época temida
de abandono y soledad.

La llovizna se pega a los cuerpos,
la bruma avanza desde la mar
hacia las calles desocupadas.

Nadie llama a la puerta.
El teléfono no suena.
Cierra los ojos a las lágrimas.

Poema nº18

El escritor levanta la pluma,
relee lo escrito, lo reconoce
levemente, se trata de su letra.

Va a la ventana en busca
de una palabra,
apenas serena la respiración.

Encuentra las nubes estancadas,
no se oyen gritos de niños,
charlas de ancianos
ni siquiera un motor encendido.

Ha enmudecido el viento
y el tiempo queda a la espera.

Al ritmo de las mareas
un temor se prepara
para lanzarse, tomar su pecho;
nada se mueve aún
en el crepúsculo gris.

Un aire de tristeza,
un gesto suspendido,
una lágrima por derramar
sacuden su cuerpo.

Poema nº19

El inquieto se prepara
temprano, con cuidado,
desde la mañana
para la cita nocturna.

Busca objetos que llevará,
los necesarios y los posibles,
los reúne para verificar
en dilatada rutina
que no olvida alguno.

Cuando la reunión llega
la inquietud se disipa.
La personas toman su sitio,
lentamente se confluye
hacia el singular grupo.

La luz de la luna llena
entra por el ventanal
de una sala a media luz.

El inquieto respira suave
mientras acoge en silencio
el milagro de la compañía,
la calma de los semejantes.

Un soplo que permanece
en el tiempo levemente,
mas el inquieto se alimenta
de esa dosis, instantes
breves en tránsito
en su vida exigua, limitada.

Poema nº20

El insomne atrapa el dolor
permaneciendo inmóvil
mientras espera la hora
de la primera luz rosada.

Entretanto conversa
sobre temas borrosos:
la fruta madura,
los amores malditos,
la materia de los objetos.

La mente a saltos,
perturbada y libre,
recibe en su diálogo
restos de conversación
que se cuelan y añaden
a la desordenada charla
entre el insomne y alguien
que no es sino él mismo.

Cuando llega el instante
de la aurora, se incorpora
y sale al pleno aire,
mas el verbo no se detiene
hasta que él se centra
en los colores del alba.

Somos una conversación,
decía el poeta,
aquel que pasó media vida
totalmente enloquecido.
La lucidez le llegaba
al recordar sus versos,
observando o perdiéndose
en la naturaleza renacida.

Poema nº21

El comprador de libros
se detiene, escruta, duda;
se muestra perplejo
ante una portada
llena de desatinos,
una contraportada
con lugares comunes,
una biografía
entre leyenda y currículo.

Sigue tomando libros
entre sus manos, leyendo
primeras páginas, poemas
salteados, citas
al inicio de un capítulo,
títulos que resuenen
acaso en su interior.

Mientras tanto,
espera ese libro
que encaje con su tiempo,
no la hora de la librería
sino ese otro tiempo,
el del momento oportuno
para el lector.

Escoge libros esperando
una historia lejana,
un pensamiento audaz,
un poema que conmueva.

No siempre encuentra
lo que está buscando,
mas con aciertos o errores
volverá al mismo lugar
a rastrear
lo que hoy no halló.

Poema nº22

El lector quiere disipar
el peso de una tarde
de domingo casi otoñal.

La luz gris entra
por las ventanas
invadiendo toda la casa,
apenas queda el silencio
ahora que desaparecen
los ruidos de la calle.

Lentamente se acerca
al libro que acaso
entreabra sus ojos
a un mundo lejano
y ajeno a la materia
que le rodea y acecha.

Sílaba a sílaba
es llevado por un ritmo
que crea el espacio
de expresión interna,
atenta, centrada,
que emerge de otras pautas.

Espacio y expresión
donde reside la poesía.

Poema nº23

El transeúnte vital
elude cada mañana
tomar la mano
que le une al mundo.

No hay pasión ahora
que le despierte
el ansia de vivir.

En cambio, la decepción
se sucede en un flujo
y reflujos verde agua,
constante y desolador.

Alarga la jornada
con mínimos engaños
a su desaliento,
dejándose llevar
por la inercia
del tiempo y de las cosas
hacia la medianoche,
el sueño y el olvido.

Poema nº24

El aprendiz de poeta
suspende su tarea
en días de mala mar
cuando tomar la pluma
es abismo, riesgo
a partirse en dos,
hundimiento total.

Observa desde la ventana
olas que levantan espuma,
sobrepasando diques,
destrozando muelles.

Queda sin palabras
por temor a usar
las tantas veces dichas,
las que perdieron valor
a fuerza de reiterar.

Quisiera un léxico
terrible y visual
para el temporal interior
que regresa cada año,
parecido a mareas vivas,
que nombre con verso naciente
cada experiencia
de recuerdo y olvido,
decepción tras el amor,
abandono y soledad,
dolor y nueva luz.

Poema nº25

El asténico llega al final
del año con anhelo
de guardar el cuaderno,
ultimar el poemario.

No sólo falta de fuerzas
sino necesitado de cierre
de un ciclo de escritura
cuando no queda ya
más nada que exponer.

Llegará la primavera
para tomar las tijeras
de podar, tachar versos,
párrafos, poemas enteros.
Eliminar lo superfluo
lo evidente y previsible,
buscar palabras de recambio
en diccionarios
y reescribir completo
aquel poema que tanto costó
escribir pero que hoy resulta
excesivo, fuera de lugar.

Dice el poeta que la inspiración
llega cuando se corrige,
lo anterior es improvisar,
palabras surgidas de la emoción,
sin medida, falsamente
espontáneas, un arrebato.

El poema cierto llegará
al quitarse el escritor
el traje de poeta, de artista,
y vaya a lo profundo
de la conciencia y la palabra
donde reside la experiencia.

Epílogo

“Escribir es defender la soledad en que se está; es una acción que sólo brota desde un aislamiento efectivo, pero desde un aislamiento comunicable, en que, precisamente, por la lejanía de toda cosa concreta se hace posible un descubrimiento de relaciones entre ellas.

Pero es una soledad que necesita ser defendida, que es lo mismo que necesitar de justificación. El escritor defiende su soledad, mostrando lo que en ella y únicamente en ella, encuentra.

Habiendo un hablar, ¿por qué el escribir? Pero lo inmediato, lo que brota de nuestra espontaneidad, es algo de lo que íntegramente no nos hacemos responsables, porque no brota de la totalidad íntegra de nuestra persona; es una reacción siempre urgente, apremiante. Hablamos porque algo nos apremia y el apremio llega de fuera, de una trampa en que las circunstancias pretenden cazarnos, y la palabra nos libra de ella. Por la palabra nos hacemos libres, libres del momento, de la circunstancia apremiante e instantánea. Pero la palabra no nos recoge, ni por tanto, nos crea y, por el contrario, el mucho uso de ella produce siempre una disgregación; vencemos por la palabra al momento y luego somos vencidos por él, por la sucesión de ellos que van llevándose nuestro ataque sin dejarnos responder. Es una continua victoria que al fin se transmuta en derrota.

Y de esta derrota, derrota íntima, humana, no de un hombre particular, sino del ser humano, nace la exigencia del escribir. Se escribe para reconquistar la derrota sufrida siempre que hemos hablado largamente.”

Por qué se escribe.

Revista de Occidente, junio de 1934

María Zambrano